

Inmolóse primero un toro blanco á Júpiter, autor de los buenos consejos: durante este sacrificio, Eudoro se cubrió la cabeza y sacudió su manto, salpicado por algunas gotas de agua lustral. Dada la señal por Diocleciano, Simmaco se levantó en medio de los generales aplausos: alimentado este orador en las grandes tradiciones de la elocuencia latina, pronunció estas graves palabras, á la manera que magistrosamente corren las sesegadas olas de caudaloso río por una campiña que con su corriente hermocean.

LIBRO DÉCIMOSESTO.

SUMARIO. Arengas de Simmaco, Hierocles y Eudoro. Diocleciano accede á espedir el edicto de persecucion, pero quiere que antes se consulte á la Sibila de Cumes.

«CLEMENTÍSIMO emperador Diocleciano, y tú, felicísimo príncipe, César Galerio, si en tiempo alguno vuestras almas divinas dieron una prueba brillante de su justicia, es en el importante negocio que hoy reúne al augustísimo senado á los pies de vuestras eternidades.

«¿Proscribiremos á los adoradores del nuevo Dios? ¿Permitiremos que los cristianos gocen en paz del culto de su divinidad? Tal es la cuestion propuesta al senado.

«Júpiter y los demás dioses vengadores de la humanidad me libren del intento de hacer correr algun día la sangre y las lágrimas! ¿Por qué perseguiríamos á unos hombres que llenan todos los deberes del ciudadano? Los cristianos ejercen artes útiles, sus riquezas alimentan el tesoro del Estado, sirven con denuedo en nuestros ejércitos, y emiten con frecuencia en nuestros consejos pareceres dictados por el recto criterio, por la exactitud y la prudencia. Además de esto, no llegaremos al apetecido fin por medio de la violencia, porque la esperiencia ha demostrado que los cristianos se multiplican bajo la cuchilla de los verdugos. Si quereis atraerlos á la religion de la patria, llamadles al templo de la Misericordia, no á los altares de las Euménides.

«Empero, despues de haber declarado lo que juzgo conforme á la razon, debo manifestar con igual justicia el temor que los cristianos me inspiran. He aquí la única acriminacion que puede legítimamente dirigirseles: es cierto que nuestros dioses son objeto de su burla y á veces de sus insultos. ¿Cuántos romanos se han dejado ya arrastrar por temerarios razonamientos! ¿Ah! hablamos de atacar á una divinidad extraña, cuando nos fuera mas conveniente pensar en defender las nuestras! Consagrémonos al culto de estas, mediante el recuerdo de todo lo que por nosotros han hecho, y cuando nos hayamos convencido á fondo de la grandeza y bondad de nuestros dioses paternos, dejaremos de temer que la secta de los cristianos se aumente y robustezca con los desertores de nuestros templos.

«Es una verdad, mucho há reconocida, que Roma ha debido el imperio del mundo á su piedad hácia los inmortales. Roma erigió altares á todos los genios bienhechores: á la pequeña Fortuna, al Amor filial, á la Paz, á la Concordia, á la Justicia, á la Libertad, á la Victoria y al dios Termo, único que no se levantó delante de Júpiter en la asamblea de los dioses. ¿Esta familia divina podria disgustar á los cristianos? ¿Qué hombre se atreveria á negar homenajes á tan nobles deidades? Si quereis retroceder mas en la serie de los tiempos, hallareis los nombres mismos de nuestra patria y nuestras mas antiguas tradiciones enlazadas con nuestra religion, y formando parte de

nuestros sacrificios; hallareis el recuerdo de esa edad de oro, reinado de felicidad é inocencia, que todos los pueblos envidian á la Ausonia. ¿Hay algo mas tierno que el nombre de Lacio, dado á la campiña de Laurento, por haber concedido asilo á un dios perseguido? Nuestros padres recibieron en recompensa de su virtud un corazon hospitalario, y Roma sirvió de refugio á todos los desgraciados proscritos. ¿Cuántas interesantes aventuras! ¿cuántos nombres ilustres están identificados con esas emigraciones de los primeros tiempos del mundo, Diomedes, Filolectes, Idomeneo y Nestor! ¿Ah! cuando un espeso bosque cubria la montaña donde hoy se eleva altivo este Capitolio; cuando unas pobres cabañas ocupaban el lugar de estos soberbios palacios; cuando este Tiber, hoy tan famoso, no habia recibido a un sino el ignorado nombre de Albula, nadie preguntaba aquí si el Dios de una oscura nacion de la Judea era preferible á los dioses de Roma! Para convencerse del poder de Júpiter, basta examinar el humilde origen de este vasto imperio; cuatro escasos manantiales han formado el caudaloso torrente del pueblo romano: Alba, país querido y primer amor de los curiacios; los guerreros latinos que se unieron á los guerreros de Eneas; las arcadios de Evandro, que legaron á los Cincinatos el amor á los rebaños y la sangre de las Elenas, dulce origen de la elocuencia entre los incultos hijos de una loba, y por último, los sabinos que dieron esposas á los compañeros de Rómulo; aquellos sabinos, que vestidos de pieles de oveja, y guiando sus rebaños con la lanza, se alimentaban de lactinios y miel, y se consagraban á Ceres y á Hércules, simbolo aquella del genio, simbolo este del brazo del labrador.

«Estos dioses que han obrado maravillas tantas; estos dioses que han inspirado á Numa, á Fabricio y á Caton; estos dioses que protegen las cenizas ilustres de nuestros ciudadanos, estos dioses entre quienes brillan hoy nuestros emperadores, ¿son acaso divinidades sin poder y sin virtudes?

«¿Diocleciano! supongo que Roma, agoviada por los años, se presenta de repente á tus ojos bajo las bóvedas de este Capitolio, y que habla á tu Eternidad en estos términos:

«¿Gran príncipe! ten en consideracion esta vejez á que mi piedad hácia los dioses me ha hecho llegar. Libre como soy, me mantendré siempre fiel á la religion de mis antepasados, porque esta religion áha sometido el universo á mis leyes: sus sacrificios áha alejado á Annibal de mis murallas y á los galos del Capitolio. ¿Cómo! será derribada algun día esa estatua de la Victoria, sin temer que se levanten amenazadoras mis legiones sepultadas en los campos de Zama! ¿No habré sido preservada de los enemigos mas formidables, sino para verme deshonrada por mis hijos en mi vejez?»

«Así, ¡oh poderoso emperador! te habla Roma suplicante. Mira alzarse de sus sepulcros, en el camino de Apio, aquellos republicanos vencedores de los volscos y samnitas, y cuyas imágenes reverenciamos aquí; ya suben á este Capitolio que llenaron un día de opulentos despojos; llegan ya, coronada la frente con el ramo de encina, á unir su voz potente á la potente voz de la patria. Esos manes sagrados no han roto su férreo sueño por la pérdida de nuestras costumbres y leyes; no han despertado al estruendo de las proscripciones de Mario ó de los furores del Triunvirato; pero la amenazada causa del cielo les arranca á sus féretros, y presurosos acuden á defenderla ante sus hijos. Romanos seducidos por la nueva religion! ¿cómo habeis podido cambiar por extraño culto nuestras hermosas fiestas, nuestras piadosas ceremonias?

«¿Príncipes! lo repito: no pedimos la persecucion de los cristianos. Dícese que el Dios á quien adoran

es un dios de paz y de justicia; no nos negamos, pues, á admitirle en el Panteon, porque deseamos, piadosísimo emperador, que los dioses de todas las religiones te protejan; pero no por mas tiempo se escarnezca á Júpiter! Diocleciano, Galerio, senadores, ¡indulgencia para los cristianos, proteccion á los dioses de la patria!»

Al dar fin á su discurso, Simmaco saludó de nuevo la estatua de la Victoria y fue á sentarse entre los senadores. Los espíritus estaban agitados en diferentes sentidos: unos, atraídos por la dignidad del discurso de Simmaco, recordaban los dias de los Hortensios y Cicerones, mientras otros vituperaban la moderacion del pontífice de Júpiter. Satanás, que no confiaba ya sino en Hierocles, procuraba destruir el efecto de la elocuencia del gran sacerdote; los ángeles de luz se aprovechaban por el contrario de esta elocuencia para atraer al senado á mas humanos sentimientos. Veíase agitarse los cascos de los guerreros, las togas de los senadores, los mantos y cetros de los augures y arúspices, y alzabase un confuso murmullo, equívoco signo de la reprobacion y el elogio. En un campo donde la cizaña é inútiles flores de extraños matices se alzan en medio del dorado trigo, cuando leve céfiro se desliza en el bosque de mil colores, las espigas mas débiles inclinan al principio la gentil corola; pero pronto el creciente soplo balancea con igual tumulto los fecundos haces y las plantas estériles: tal se presentaba en el senado el movimiento de tantos hombres diferentes.

Los cortesanos miraban con atencion á Diocleciano y á Galerio, á fin de ajustar su opinion á la de sus señores; César daba señales de enojo, pero Augusto se mostraba impassible.

Hierocles se levanta: envuélvese en su capa, y se mantiene largo rato en severo y meditabundo ademán. Iniciado en todas las sutilezas de la elocuencia ateniense; armado de todos los sofismas, perspicaz, astuto, sarcástico é hipócrita; afectando un estilo conciso y sentencioso; invocando la humanidad al pedir la sangre del inocente, sordo á las lecciones del tiempo y de la esperiencia; pretendiendo conducir el mundo á la felicidad á través de males sin cuento por medio de los sistemas; hombre frívolo que se envanecía creyéndose profundo: tal era el orador que se presentó en la liza para atacar todas las religiones y especialmente la de los cristianos. Galerio dejaba espedito curso á las blasfemias de su ministro; Satanás impelia al mal al enemigo de los fieles, y la esperanza de perder á Eudoro animaba al amante de Cimodocea. El demonio de la falsa sabiduria, bajo la figura de un jefe de la escuela, recién llegado de Alejandria, se coloca al lado de Hierocles, quien despues de un momento de silencio, estiendo de repente sus brazos, deja caer su capa á la espalda, pone entrambas manos sobre su corazon, é inclinándose hasta el pavimento del Capitolio, al saludar á Augusto y César, pronuncia este discurso:

«Valerio Diocleciano, hijo de Júpiter, emperador eterno, Augusto, ocho veces cónsul, clementísimo, divinísimo, sapientísimo; Valerio Maximiano Galerio, hijo de Hércules, hijo adoptivo del emperador, César, eterno y felicísimo, Pártico, vencedor, amante de la ciencia y verdaderísimo filósofo; Senado venerabilísimo y sagrado, vosotros permitis que mi voz se haga oír! Confundido por honor tan insigne ¿cómo podria espesarme con bastante energia ó gracia? Perdonad, pues, la debilidad de mi elocuencia, en favor de la verdad que me hace hablar.

«La tierra en su fecundidad primitiva produjo los hombres, los que por acaso y por precision, se reunieron para hacer frente á sus comunes necesidades. La propiedad empezó, las violencias la siguieron, y no pudiendo el hombre reprimirlas, inventó los dioses.

«Hallada la religion, los tiranos se aprovecharon

de ella; y multiplicando los errores, las pasiones mezclaron con estos sus propios delirios.

«El hombre, olvidando en breve el origen de los dioses, no tardó en dar asenso á su existencia, y en tomar por el unánime asentimiento de los pueblos lo que solo era el asentimiento unánime de las pasiones. Los tiranos, al oprimir á los hombres, procuraron hacer erigir templos á la piedad y á la misericordia, para que los desgraciados creyesen tambien que habia dioses.

«El sacerdote, seductor al principio y seducido despues, se apasionó por su ídolo; el jóven por las gracias divinizadas de su amada, y el desgraciado por los simulacros de su dolor: de aquí nació el fanatismo, el mayor de los males que han afligido á la especie humana.

«Este monstruo, agitando una tea, recorrió las tres regiones de la tierra, quemó por mano de los magos los templos de Menfis y Atenas, y encendió la guerra sagrada que entregó la Grecia á Filipo. En breve, si una secta odiosa consiguiese estenderse en nuestros mismos dias, y á pesar del incremento de las luces, vieramos al universo sumido en un abismo de calamidades!

«Aquí, príncipes, procuraré pintar los males que el fanatismo ha causado á los hombres, poniendo á vuestra vista el origen y progresos de la religion mas ridícula y horrible que haya engendrado en tiempo alguno la corrupcion de los pueblos.

«¿Por qué no me es permitido sepultar en profundo olvido tan vergonzosas torpezas? Pero soy llamado á la defensa de la verdad: es preciso salvar á mi emperador, es preciso iluminar el mundo. Sé que espongo mi existencia á la venganza de una faccion peligrosa, ¿mas qué importa? un amigo de la sabiduria debe cerrar su corazon así á todo temor como á toda piedad, cuando se trata de la felicidad de sus hermanos y de los derechos sagrados de la humanidad.

«Vosotros conoceis á ese pueblo á quien su lepra y sus desiertos separan del género humano; á ese pueblo odioso, esterminado por el divino Tito.

«Cierta impostor llamado Moisés, valiéndose de una serie de crímenes y de prestigios groseros, libró á ese pueblo de la esclavitud, y le llevó al centro de los arenales de la Arabia, prometiéndole en nombre del dios Jehová una tierra en que correrian la leche y la miel.

«Despues de cuarenta años, los judios llegaron á esa tierra prometida, y degollaron á sus pobladores. El delicioso jardin era la estéril Judea, reducido valle de piedras, sin trigo, sin árboles, sin aguas.

«Retirados á su guarida, aquellos forajidos solo se hicieron notables por su odio innato al linaje humano, pues vivian en medio de los adulterios, los asesinatos y las crueldades.

«¿Qué podia producir semejante raza? (hé aquí el prodigio): una raza aun mas execrable, los cristianos: hombres que han escedido en demencia y crímenes á sus padres los judios.

«Los hebreos, engañados por sacerdotes fanáticos, esperaban en su impotencia y su abyeccion un monarca que les sometiera el mundo entero.

«Espárcese cierto día el rumor de que la mujer de un oscuro artesano ha dado á luz al rey tanto tiempo esperado, y parte de los judios se apresura á creer el estupendo prodigio.

«El que ellos apellidan su Cristo, vive treinta años oculto en su miseria; trascurridos estos treinta años, empieza á dogmatizar y se rodea de algunos pescadores á quienes llama sus Apóstoles. Recorre las ciudades, se esconde en el Desierto, y alucina á algunas débiles mujeres y á un populacho crédulo. Dícese que su moral es pura; ¿pero escede acaso á la de Sócrates?

«El pretendido dios no tarda en ser preso por sus sediciosos discursos, y al fin se le condena á morir en la cruz. Un jardinero se apodera de su cadáver, sus Apóstoles gritan que Jesús ha resucitado y le predicán á la estupefacta multitud. La superstición se propaga y los cristianos llegan á formar una secta numerosa.

«Un culto nacido entre la hez del pueblo, difundido por esclavos, oculto al principio en lugares desiertos, se ha cargado paulatinamente con todas las abominaciones que el secreto y las costumbres soeces y desenfadadas deben naturalmente engendrar; así, la crueldad y la infamia constituyen la parte principal de sus misterios.

«Los cristianos se reúnen durante la noche en medio de los muertos y los sepulcros, siendo la re-

surrección de los cadáveres la mas absurda y frecuente de sus conversaciones. Sentados en abominables festines despues de haber jurado aborrecimiento á los dioses y á los hombres, despues de haber renunciado á todos los placeres legítimos, beben la sangre de un hombre sacrificado, y devoran las carnes palpitantes de un niño: ¡hé aquí lo que flaman su pan y su vino sagrado!

«Concluido el banquete, unos perros instruidos en los crímenes de sus dueños, entran en la asamblea y derriban las antorchas que les alumbran; entonces los cristianos se buscan en medio de las tinieblas, se enlazan al acaso con horribles abrazos: los padres con las hijas, los hijos con las madres, los hermanos con las hermanas; el número y la variedad de los incestos constituyen el mérito y la virtud.



HIEROCLES A TORMENTADO POR EL DEMONIO DE LOS CELOS.

«¿Cómo! ¿No bastaba la torpe pretension de atraer á los hombres al culto de un sedicioso, justamente castigado con la pena capital? ¿No era un crimen bastante enorme haber intentado embrutecer hasta tal punto la razon humana, sino que era preciso además que los cristianos hiciesen de su religion la escuela de las costumbres mas depravadas y las mas inauditas enormidades?

«Lo que acabo de consignar, ¿necesita otras pruebas que la misma conducta de los cristianos? Por donde quiera se deslizan hacen nacer discordias; pervierten á los soldados de nuestros ejércitos; introducen la desunion en las familias, seducen á las doncellas crédulas, arman al hermano contra el hermano y al esposo contra la esposa. Poderosos hoy, tienen templos y tesoros, y se niegan á prestar juramento á los emperadores, de cuyas manos reciben estos beneficios; insultan las imágenes sagradas de Diocleciano y prefieren la muerte á sacrificar en sus altares. Recientemente aun, ¿no han dejado á la divina madre de Galerio ofrecer sola unas víctimas por su hijo á los inocentes Genios de las montañas? Por último, uniendo el fanatismo á la disolucion, quisieran pre-

cipitar del Capitolio la estatua de la Victoria y arrancar de sus santuarios á vuestros dioses paternos!

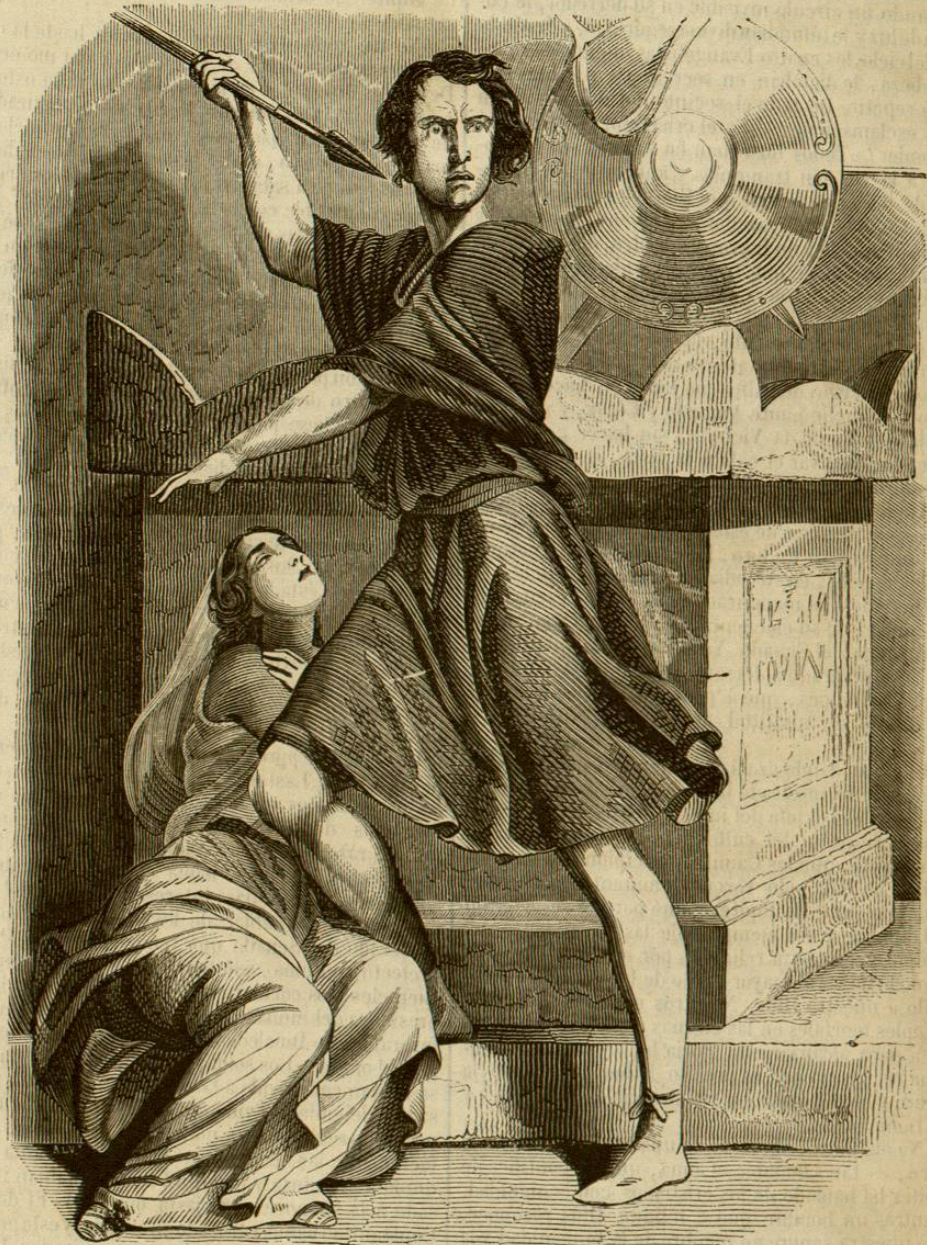
«No se crea, sin embargo, que defiendiendo aquí á esos dioses que en la infancia de los pueblos han podido parecer necesarios á legisladores sagaces. Nosotros no habemos menester de recursos tan mezquinos, porque la razon inaugura su reinado, y de hoy mas no se elevarán altares sino á la virtud. El género humano se perfecciona cada día, y llegará un tiempo en que todos los hombres, sometidos solo al pensamiento, se conducirán por las luces del espíritu. No apoyo, pues aquí, ni á Júpiter, ni á Mitra, ni á Serapis; pero si se conserva todavia alguna religion en el imperio, la antigua reclama una justa preferencia, toda vez que la nueva es un mal que es preciso estirpar por medio del hierro y del fuego; urge curar á los cristianos de su propia locura. Pues bien: ¡correrá una poca sangre! Compadeceremos sin duda la suerte de los criminales, pero admiraremos y bendiciremos la ley que hiera á las víctimas para consuelo de los sabios y la felicidad del género humano.»

No bien terminara Hierocles su discurso, cuando

Galerio dió la señal de los aplausos. Centellante la mirada y encendido en cólera el semblante, César parecía ya pronunciar la sentencia fatal de los cristianos. Sus cortesanos levantaban las manos al cielo como poseidos de horror y espanto; sus guardias temblaban de ira al pensar que unos impíos intentaban derribar la estatua de la Victoria, y el pueblo

repetía aterrado los incestos nocturnos y los banquetes de humana carne. Los sofistas que rodeaban á Hierocles, le ensalzaban hasta las nubes: era, decían, el intrépido amigo de los príncipes, el verdadero amigo de los príncipes, el sosten de la virtud, un Sócrates!

Satanás exasperaba las preocupaciones y los ren-



EUDORO DEFIENDE Á CIMODOCEA DE LOS SOLDADOS DE HIEROCLES.

cores, y lleno de júbilo á las palabras del procónsul, prometiase llegar con mas seguridad á su objeto por medio del ateísmo que por medio de la idolatría, y secundado por todas las potestades del infierno aumentaba el estrépito y el tumulto, é imprimía al movimiento del Senado cierto sello prodigioso. A la manera que lapeonza gira bajo el látigo del niño; bien así co-

mo el huso baja y sube entre los dedos de la matrona; cual el ébano ó el marfil ruedan bajo el cincel del tornero: así estaban agitados los espíritus. Solo Diocleciano se mantenía inmóvil, no descubriéndose en su semblante indicio alguno de cólera, de odio ni amor; los cristianos esparcidos por la asamblea, se mostraban abatidos y consternados; y por su parte Cons,

tantino, sumido en profundo dolor, dirigía por intervalos á Eudoro miradas de inquietud y ternura.

El hijo de Lastenes se levantó sin mostrarse influido por el disfavor del César ni por las bajezas de los cortesanos, ni por el vano clamoreo de la muchedumbre. Su negra vestidura y noble semblante, animado mas por la espresion de una sencilla tristeza, atrajeron todas las miradas; los ángeles del Señor, formando un círculo invisible en su derredor, le cubrían de luz y le infundían divina seguridad, y desde lo alto del cielo, los cuatro Evangelistas inclinados sobre su cabeza, le dictaban en secreto las palabras que iba á repetir. De todo el recinto del Senado salían estas exclamaciones: «¿Es el cristiano! ¿Cómo podrá responder?» Todos buscaban en vano en sus facciones, á la vez tan tranquilas y animadas, la espresion de los crímenes de que Hierocles acusara á los fieles. Cuando unos cazadores, creyendo sorprender orillas de un río á un horroroso buitre, descubren de repente á un cisne que tranquilo nada en las ondas, detiéndose con placer; contemplan el ave querida de las Musas; admiran la blancura de su plumaje, la altivez de su continente, la gracia de sus movimientos, y prestan ya atento oído á sus armoniosos cantos. El cisne del Alfeo no tardó en hacerse oír: Eudoro se inclinó ante Augusto y César, y sin saludar la estatua de la Victoria, sin hacer gestos, ni pretender cautivar el oído ó la vista, se espresó en estos términos:

«Augusto, César, padres conscriptos, pueblo romano: en nombre de esos hombres víctimas de un odio injusto, yo Eudoro, hijo de Lastenes, natural de Megalópolis, en Arcadia, y cristiano, salud!

«Hierocles ha inaugurado su discurso, escusando la debilidad de su elocuencia; yo reclamo á mi vez la indulgencia del Senado. Yo no soy sino un soldado, mas acostumbrado á derramar mi sangre en defensa de mis príncipes, que á pedir en floridas frases el exterminio de multitud de ancianos, mujeres y niños.

«Empiezo dando gracias á Simmaco por la moderación que ha mostrado hácia mis hermanos; el respeto que debo al jefe del imperio me obliga á guardar silencio respecto del culto de los ídolos. Observaré, no obstante, que los Camilos, Escipiones y Paulos-Emilio no han sido varones eminentes por haber seguido el culto de Júpiter, sino porque se alejaron de la moral y los ejemplos de las divinidades del Olimpo. En nuestra religion, por el contrario, solo se puede llegar al mayor grado de la perfeccion, imitando á nuestro Dios. Nosotros colocamos tambien á simples mortales en las eternas mansiones; pero no basta para alcanzar esta gloria haber ceñido la diadema real, sino que es preciso haber practicado la virtud; y abandonamos á vuestro cielo los Nerones y los Domicianos.

«No obstante, el efecto de una religion, sea cual fuere, es tan saludable al alma, que el pontífice de Júpiter ha hablado de los cristianos con benignidad, mientras un hombre que á ningun Dios reconoce, pide nuestra sangre en nombre de la humanidad y la virtud. ¿Cómo! ¿Tú pretendes, Hierocles, sembrar bajo el manto con que te cubres, la desolacion en el imperio! ¿Magistrado romano, provocas impasible la muerte de muchos millones de ciudadanos romanos! Porque, padres conscriptos, no podeis ocultároslo: somos de ayer, y llenamos ya vuestras ciudades, vuestras colonias, vuestros campos, el palacio, el Senado, el Foro; solo os dejamos vuestros templos.

«Príncipes! nuestro apóstata acusador se declara ateo, porque sabe muy bien qué título podría yo añadir á tan tristes títulos. Simmaco es un hombre piadoso, cuya edad, sabiduría y costumbres son igualmente respetables. En toda causa criminal se

toma en consideracion el carácter de los testigos: Simmaco nos escusa, Hierocles nos denuncia. ¿Cuál de los dos debe ser escuchado? Augusto, César, padres conscriptos, pueblo romano, dignaos prestarme atento oído, porque voy á seguir el hilo de las acusaciones de Hierocles, y á defender la religion de Jesucristo.»

Al pronunciar este gran nombre, el orador se detuvo; todos los cristianos se inclinaron, y la estatua de Júpiter se conmovió en su altar. Eudoro prosiguió:

«No me remontaré como Hierocles hasta la cuna del mundo para tratar de la cuestion del momento. Dejo á los discípulos de la escuela esa vana ostentacion de principios odiosos, de hechos desfigurados y de pueriles declamaciones. Nose trata aquí de la formacion del mundo, ni del origen de las sociedades; todo se reduce á saber si la existencia de los cristianos es compatible con la seguridad del Estado; si su religion ofende las costumbres y las leyes; si se opone á la sumision debida al jefe del imperio; en una palabra, si la moral y la política tienen algo de qué acusar al culto de Jesucristo. Sin embargo, no puedo menos de llamar vuestra atencion hácia la singular opinion de Hierocles respecto de los hebreos.

«La razon política del establecimiento de Jerusalén en el centro de un país estéril era harto profunda para que pudiese penetrarla el acusador de los cristianos. El legislador de los israelitas queria hacer de estos un pueblo que pudiese resistir al tiempo, conservar el culto del verdadero Dios, en medio de la idolatria universal, y hallar en sus instituciones una fuerza que en sí mismo no tenia: encerrolos, pues, en la montaña. Sus leyes y su religion fueron conformes con este estado de aislamiento: no tuvieron sino un templo, un sacrificio y un libro. Han trascurrido cuatro mil años, y aun existe ese pueblo. Muéstranos, Hierocles, en otro país el ejemplo de una legislacion igualmente milagrosa en sus efectos, y luego escucharemos tus chibarrerías acerca del país de los hebreos.»

Una señal de aprobacion de Diocleciano interrumpió al hijo de Lastenes. El emperador, insensible á los movimientos oratorios de Simmaco y á las declamaciones de Hierocles, se sintió impresionado por las razones políticas aducidas por el defensor de los fieles. Eudoro se habia estendido hábilmente sobre este punto para interesar el ánimo del príncipe, antes de hablar de los cristianos. El partido moderado del Senado que temia á Galerio; Publio, prefecto de Roma, adicto á César, pero enemigo de Hierocles; los cortesanos, atentos siempre á las impresiones del monarca, advirtieron los sentimientos favorables de Diocleciano y tributaron grandes elogios al orador. Los soldados, centuriones y tribunos se habian conmovido á la vista de su general, precisado á defender su vida contra las audaces acusaciones de un retórico: esta noble clase de hombres abraza fácilmente las generosas opiniones. Tanta razon unida á gentileza y juventud tantas, habian interesado á la siempre entusiasta multitud. El dolor de Constantino habíase trocado en alegría, y este príncipe animaba á su amigo con ademanes y miradas. Los ángeles de luz redoblaban su celo en derredor del orador cristiano, le prestaban sin cesar nuevas gracias, y prolongaban los acentos de su voz á manera de armoniosos ecos. Cuando una deslumbradora nevada descendiende de la bóveda etérea, suele aplacarse el aguillon, y los mudos campos reciben con alegría los numerosos copos que vienen á colocar las plantas al abrigo de los hielos del invierno: así, cuando el hijo de Lastenes reanudó su discurso, la asamblea guardó un profundo silencio para recoger aquellas palabras puras que parecían bajar del cielo para evitar la desolacion de la tierra.

«Príncipes, dijo, no entraré en las pruebas de la Religion Cristiana: una dilatada serie de profecías, todas realizadas, unos milagros brillantes, é innumerables testigos han evidenciado mucho tiempo há la divinidad de aquel á quien llamamos el Salvador. Su virtud sublime es conocida en todo el universo: muchos emperadores romanos, no sometidos á Jesucristo, le han honrado con sus homenajes; famosos filósofos han hecho justicia á su moral, y el mismo Hierocles no la pone en duda.

«Sería por cierto en alto grado sorprendente que los que adoran á tal Dios, fuesen unos monstruos dignos de la hoguera. ¿Cómo! ¿Jesucristo habrá sido un modelo de dulzura, humanidad y castidad, y nosotros creieramos honrarle con misterios de crueldad y libertinaje! Aun en el Paganismo, ¿celebrase acaso la fiesta de Diana con la prostitucion de las fiestas de Venus? El Cristianismo, se dice, ha salido de la infima clase del pueblo, y de esto derivan las infamias de su culto; condenad, pues, en esta religion lo mismo que constituye su hermosura y su gloria! Esa religion la ido á buscar para consolarlos, á unos hombres en quienes los hombres no pensaban, y de quienes desviaban su vista; ¡y vosotros se lo imputais como un crimen! ¿Creeis acaso que solo debajo de la púrpura hay dolores, y que un Dios consolador solo sirve á los poderosos y á los reyes? Lejos de haber adquirido la bajeza y la ferocidad de las costumbres del pueblo, nuestra religion ha corregido esas costumbres. Decid: ¿hay un hombre mas sufrido en sus males que un verdadero cristiano, mas resignado bajo el yugo de un dueño, mas fiel á su palabra, mas exacto en sus deberes, mas casto en sus costumbres? Estamos tan distantes de la barbarie, que nos retiramos con horror de vuestros juegos, en que la efusion de sangre humana constituye parte del espectáculo, pues creemos existe poca diferencia entre perpetrar el homicidio y presenciarlo con placer; y en tanto grado aborrecemos una vida disoluta, que huimos de vuestros teatros como de una escuela de escandalosas costumbres, como de una ocasion de caída. Pero al justificar á los cristianos sobre un punto, advierto que les inculpo en otro. ¡Huimos de la sociedad, dice Hierocles, aborrecemos á los hombres!

«Si es así, nuestro castigo es justo. Herid nuestras cabezas; pero antes venid á recoger de nuestros hospitales los pobres y los enfermos que vosotros no habeis socorrido; haced llamar á las romanas que han abandonado los frutos de su deshonor. ¿Creen tal vez que estos han caído en esos lugares infames, único asilo ofrecido por vuestros dioses á la espósa niñez? Pues bien: ¡que vengan á reconocer sus recién nacidos en los brazos de nuestras esposas! La leche de una cristiana nos los ha envenenado; las madres, segun la gracia, los devolverán antes de morir, á las madres segun la naturaleza!

«Algunos de nuestros misterios mal entendidos y falsamente interpretados, han dado origen á tamañas calumnias. ¡Príncipes! séame permitido descubriros estos secretos de inocencia y pureza! Roma se levanta, dice Simmaco, y os suplica le dejeis las divinidades de sus padres. ¡Sí, príncipes! Roma se levanta, pero no para reclamar á impotentes dioses; se levanta para pedirlos á Jesucristo, que restablecerá entre sus hijos el pudor, la buena fe, la probidad, la templanza y el reinado de las costumbres.

«Dadme, grita, ese Dios que ha corregido ya los vicios de nuestras leyes; ese Dios que no autoriza el infanticidio, ni la prostitucion del matrimonio, ni el espectáculo de la mortandad entre los hombres; ese Dios que cubre mi seno con los monumentos de su beneficencia; ese Dios que conserva las luces de las ciencias y las artes, y que pretende abolir la esclavitud sobre la tierra. ¡Ah! si un día viese de nuevo

los bárbaros á mis puertas, ese Dios, lo presiento! podría salvarme por sí solo, y cambiar mi lánguida vejez en inmortal juventud.»

«Restaría, pues, rechazar la última y mas temible de las acusaciones de Hierocles, si la idea de perder su fortuna y su vida pudiese causar temor á los cristianos. Somos, dice nuestro delator, sediciosos; rehusamos adorar las imágenes del emperador y ofrecer sacrificios á los dioses por el padre de la patria.

«Los cristianos, unos sediciosos! Acosados hasta el extremo por sus perseguidores y hostigados como fieras, no han proferido la queja mas ligera; nueve veces han sido degollados, y humillándose bajo la mano de Dios, han dejado que el universo se levantase contra los tiranos. ¡Nombre Hierocles un solo fiel complicado en una conspiracion contra su príncipe! Soldados cristianos que aquí miro, Sebastian, Pacomio, Victor, decidnos donde habeis recibido las gloriosas heridas de que os veis cubiertos. ¡Ha sido acaso en las populares revueltas, ó sitiando el palacio de vuestros emperadores, ó ha sido arrostrando por la gloria de vuestros príncipes la flecha del parto, la espada del germano y el hacha del franco? ¡Ah! generosos guerreros, compañeros, amigos y hermanos míos, poco me importa mi suerte, aunque tengo en la actualidad alguna razon para amar la vida; pero no puedo dejar de interesarme por vuestro destino. ¿Por qué no habeis elegido un defensor mas elocuente? ¿Yo hubiera podido merecer una corona cívic salvándolos de las manos de los bárbaros, mas no podré arrebatáros á la cuchilla de un procónsul romano!

«¡Concluyamos, Diocleciano! hallarás en los cristianos súbditos respetuosos y sumisos á tu cetro, sin bajeza; porque el principio de su obediencia procede del cielo. Son hombres de verdad, y su lenguaje no se diferencia de su conducta; no reciben los beneficios de un señor, maldiciéndole en su corazón. Pide á esos hombres su fortuna, su vida y sus hijos, y te los darán porque todo esto te pertenece. ¡Pero si intentas obligarlos á incensar los ídolos, preferirán morir! Perdonad, príncipes, esta libertad cristiana; que el hombre tiene tambien deberes que llenar para con el cielo. Si exigís de nosotros muestras de sumision que lastimen estos sagrados deberes, Hierocles puede llamar desde luego á los verdugos: nosotros daremos á César nuestra sangre, que es del César, y á Dios nuestra alma, que es de Dios.»

Eudoro al restituirse á su asiento, colocó sobre sus hombros su toga medio caída, y se apresuró á cubrir con noble modestia las cicatrices de su pecho.

¿Cómo espresar la diversidad de sentimientos que el discurso del hijo de Lastenes escitó en la asamblea? Reinaba en ella confusa mezcla de admiracion, de temor y furor; cada cual se entregaba á vivos movimientos de odio ó de amor. Unos admiraban la hermosura de la religion acusada: otros solo veían en ella una dura acriminacion lanzada contra sus costumbres y sus dioses. Los conmovidos guerreros se interesaban con vehemencia en favor de Eudoro.

—¿De qué, pues, nos servirá, decían, derramar nuestra sangre por la patria, sufrir la esclavitud entre los bárbaros y triunfar de los enemigos del príncipe, si un sofista puede degollarnos á su capricho en el Capitolio?

Por la vez primera de su vida, Diocleciano se mostraba afectado, aun al permitir la persecucion de los fieles; Dios se valía de la elocuencia cristiana para sembrar las semillas de la fe en el Senado romano. La varonil sencillez del discurso de Eudoro triunfaba de las calumnias de Hierocles y de los tiernos recuerdos de que Simmaco habia rodeado la estatua de la Victoria; todo anunciaba que el emperador iba á pronunciar una sentencia favorable á los cristianos.

Hierocles alarmado, se esforzaba por mostrarse tranquilo y vencedor; pero la cólera y el espanto se

descubrieran mal su grado en sus miradas: cuando un tigre ha caído en el escarpado foso que un pastor de la Libia ha abierto bajo sus pasos, la fiera después de haberse debatido largo rato, se tiende con aparente tranquilidad en el recinto fatal; pero en la agitación de sus ojos y sus sangrientos labios se echa de ver que experimenta vivamente el temor y el dolor que le causa el lazo en que ha caído.

Galerio restituyó en breve la esperanza á su ministro. Este fogoso César, acostumbrado al vil lenguaje de sus aduladores, se indignó al oír los acentos de la virtud, y al ver la noble seguridad de un hombre probo. Declaró pues, que si no se castigaba á los fieles abandonaría la corte y se pondría á la cabeza de las legiones de Oriente.

—Porque estos enemigos del cielo, añadió, pondrían sobre mí sus manos sacrílegas.

Hierocles, recobrando su audacia, hace observar que había misterios acerca de los cuales ninguna explicación se había dado, y que además, los facciosos se negaban á sacrificar por el emperador y procuraban insurreccionar los soldados con sediciosa elocuencia.

Demasiado acostumbrado á ceder á la violencia de Galerio, Diocleciano se intimidó á sus amenazas; no ignoraba que al proibir á los cristianos, se privaba de un gran apoyo contra la ambición de César, pero no tenía ya la fuerza de entrever sin estremecerse los azares de una guerra civil. Satanás acaba de intimidar con un prodigio el supersticioso espíritu de Diocleciano: de repente, el escudo de Rómulo se desprende de la bóveda del Capitolio, cae, hiere al hijo de Lastenes, y va á cubrir rodando la loba de bronce, herida por el rayo á la muerte de Julio César. Galerio exclamó:

—¡Ya lo ves, Diocleciano! El padre de los romanos no ha podido sufrir las blasfemias de ese cristiano. Imita su ejemplo: ¡extermina los impíos y protege en el Capitolio al genio del imperio!

Entonces Diocleciano, á pesar de los remordimientos de su conciencia y de las luces de su política, promete publicar un edicto contra los fieles; pero por un último recurso de su talento quiso que los dioses sentenciasen en su propia causa, y le ayudasen al par de Galerio, á llevar el peso de la terrible execración del porvenir.

—Si la Sibila de Cumas, dijo, aprueba la resolución que me haces adoptar, se publicará el edicto que pides. Pero entretanto, quiero se conceda á todos los ciudadanos el goce de sus derechos y la libertad de su culto.

Esto dicho, el emperador abandonó bruscamente el Capitolio; Galerio y Hierocles quedaron triunfantes, meditando el primero los proyectos mas ambiciosos, y mezclando el segundo á estos mismos proyectos tenebrosos planes de amor y venganza. Constantino, poseído de dolor, se sustrajo con Eudoro á la curiosidad de la muchedumbre. El infierno exhaló un pavoroso grito de alegría, y los ángeles del Señor poseídos de santa tristeza, volaron á los pies del Eterno.

LIBRO DÉCIMOSETIMO.

SUMARIO. Navegación de Cimodocea. Su llegada á Jope. Sube á Jerusalén. Helena la recibe como á su hija. Semana Santa. Respuesta de la Sibila de Cumas. Hierocles hace marchar á un centurión para reclamar á Cimodocea. Diocleciano espide el edicto de persecución.

—IMPULSA por el soplo del ángel de los mares, Cimodocea derramaba torrentes de lágrimas. Eurimedusa, que acompañaba á la hija de Demodoco, hacia resonar la galera con sus quejas y gemidos.

—¡Oh tierra de Cecrops, decía, tierra donde reinan un soplo divino y unos genios amigos de los hombres! ¿deberemos abandonarte sin esperanza? ¿Quién me diera alas para ver de nuevo unos lugares tan agradables á mi corazón? Yo detendría mi vuelo sobre el templo de Homero, y llevaría á mi querido amo noticias de su Cimodocea. ¡Vanos deseos! Atravesamos las azules llanuras de Anfítrite, donde las Nereidas hacen oír sus blandos conciertos. ¿Es el deseo de riquezas el que nos obliga á arrostrar los furiosos de Neptuno? El interés tiene sus dulzuras. ¡No! es un dios mas poderoso: el dios que hizo morir á Ariadna lejos de los hogares de Minos, en una desierta playa; el dios que obligó á Medea á visitar las torres de lolcos, y á seguir á un héroe inconstante.

El bajel se acercaba al último promontorio de Atica. Ya Sunio elevaba sobre la punta de un peñasco su hermoso templo, y las columnas de mármol parecían balancearse en las olas con la dorada luz de las estrellas. Cimodocea, sentada sobre la popa adornada de flores, entre las estatuas de marfil de Cástor y Pólux, sin las lágrimas que de sus ojos brotaban hubiera parecido la hermana de estos dioses encantadores, próxima á desembarcar con París en la isla donde la hija de Tindaro celebró su himeneo antes de llegar á Troya. El bajel se dirige veloz á la derecha de las Ciclades que blanqueaban situadas á lo lejos sobre el mar como una bandada de cisnes, y encaminando luego su rumbo hacia el Mediodía, va á buscar las costas de la isla de Chipre.

Celebrábase á la sazón la fiesta de la diosa de Amatonta: las olas serenas y silenciosas bañaban el pie del templo de Dione, construido sobre un promontorio en medio de las tranquilas aguas; muchas doncellas medio desnudas bailaban en un bosque de mirtos en derredor del voluptuoso edificio, y muchos mancebos que ardían en deseos de desatar el ceñidor de las Gracias, cantaban en coro la víspera de las fiestas de Venus: llevadas por el soplo de los Céfiros, llegaban hasta la nave estas palabras:

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame también mañana el que ha amado!»

«¡Alma del universo, deleite de los hombres y los dioses, hermosa Venus, tu das vida á toda la naturaleza! Te muestras: las nubes se disipan, la primavera renace, la tierra se viste de flores y el Océano sonríe. Venus coloca en el cuello de la doncella la rosa teñida en la sangre de Adonis; Venus obliga á las Ninfas á vagar con el Amor durante la noche, á la vista de la sonrojada Diana. Ninfas, temed al Amor, que ha dejado sus armas, pero que está armado aun cuando se muestra inerte. El hijo de Citeres nació en los campos y fue alimentado entre flores. ¡Filomela ha cantado su poder; no cedamos á Filomela!»

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame también mañana el que ha amado!»

«¡Isla venturosa! todo en tus deliciosas orillas atestigua los prodigios del Amor. Marineros cansados de los peligros, amarrado el ancla á nuestros puertos y plegado para siempre vuestras velas. En los bosquecillos de Amatonta no dareis sino dulces combates, y no temeréis ya á los piratas, excepto al ingenioso Amor que os prepara lazos de flores. Las Gracias hilan aquí los instantes de los mortales. Venus, valiéndose de invencibles encantos, aletargó un día á las Parcas en el fondo del Tártaro: al punto, Aglaé arrebató la rueca á Laquesis, y Eufrosina el hilo á Cloto; pero Atropos despertó cuando Pasitea iba á robarle sus tijeras. ¡Todo cede al poder de las Gracias y Venus!»

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame también mañana el que ha amado!»

Estos cantos llevaban la agitación al alma de los marineros. La proa de metal hendía las olas con armonioso rumor; é impregnada de los perfumes de

azahar y el incienso de los sacrificios, la brisa hinchaba blandamente las velas y las redondeaba como el seno de una madre jóven.

Peligrosa languidez se apoderaba lentamente de Cimodocea. Dócil á los proyectos de Satanás, Astarté, el espíritu impuro que triunfa en los templos de Amatonta, combate en secreto á la hija de Homero, que conmovida por los cantos corruptores, baja al fondo del bajel, piensa en su esposo, y no sabe cómo arreglar los movimientos de su amor para no herir su nueva religión. Va á consultar á Doroteo, que la aconseja recurra al cielo; la pareja fiel se arrodilla y dirige sus preces al Todopoderoso; el viento se levanta, las olas baten ambos costados de la galera, único ruido que acompaña á la oración del amor: pasión borrascosa que el marinero alimenta en medio de la soledad de los mares, y el pastor en la espesura de los bosques.

Doroteo y la hija de Demodoco se hallaban turbados aun por los recuerdos de Amatonta, cuando descubrieron la cima del Carmelo. La llanura de la Palestina salió de las olas y se diseñó á lo largo del mar; las montañas de la Judea se destacaron detrás de esta llanura, y el bajel fue en silencio á echar en medio de la noche el ancla en el puerto de Jope; mas sagrada que la nave de Hiram, cargada con los cedros del templo, llevaba el templo vivo de Jesucristo, y la inocencia, preferible á la madera perfumada. Los pasajeros cristianos desembarcan en la orilla, se arrodillan y besan estasiados la tierra donde se verificó su redención. Doroteo y la jóven catecúmena se reúnen á un grupo de peregrinos, que debían marchar al rayar el día á Jerusalén.

Apenas el alba había blanqueado los cielos, cuando se oyó la voz del árabe conductor de la comitiva, que entonaba el canto de la partida de la caravana. Al punto, los peregrinos se preparan, los dromedarios doblan las rodillas, y reciben sobre sus abovedadas espaldas los pesados cargamentos, y los asnos robustos y las ágiles yeguas conducen á los viajeros. Cimodocea, que atraía todas las miradas, cabalgaba con su nodriza sobre un camello ataviado de tapices, plumajes y banderolas. Rebeca mostró menos pudor al descubrir á Isaac que al encuentro le salía; y Raquel pareció menos hermosa á los ojos de Jacob al dejar á sus padres, llevando consigo sus dioses domésticos. Doroteo y sus criados caminaban á los lados de la hija de Demodoco, y atendían á los pasos de su camello.

Aléjense de las murallas de Jope, embellecidas por bosques de lentiscos y granados, semejantes á los rosales cargados de encendidas flores; atravesaron la llanura de Saron, que en la Escritura comparte con el Carmelo y el Líbano el honor de ser la imagen de la hermosura; esta llanura estaba cubierta de aquellas flores cuya magnificencia no podía igualar Salomón en toda su pompa regia. En breve penetraron en las montañas de la Judea, por la aldea que vió nacer al feliz criminal á quien Jesucristo prometió el cielo sobre la cruz. Los piadosos viajeros se saludaron también, cuna de Jeremías, ¡tú que respiras aun la tristeza del profeta de los dolores! Salvan el torrente que suministró al pastor de Belém las piedras con que hirió al filisteo; entran en el desierto donde algunas higueras silvestres, sembradas á largas distancias entre sí, desplegaban al viento ardiente del Mediodía sus negruzcas hojas; la tierra, que hasta entonces había conservado algun verdor, se despojó de él; las faldas de los montes se ensanchan y presentan á la vez mas imponente y estéril aspecto; poco á poco, la vegetación se retira y muere; hasta el musgo desaparece, y un colorido rojo y abrasado sucede á la muda palidez de los peñascos. Al llegar á una elevada garganta, los peregrinos descubren de improviso una antigua muralla sobre la que descuellan algunos edificios nuevos. El guía exclama: «¡Jerusalén!» y la ca-

ravana, súbitamente detenida por un movimiento involuntario, repite: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!»

Al punto los cristianos se apean de sus yeguas ó de sus camellos. Estos se arrodillan tres veces; aquellos se golpean el pecho sollozando; unos apostrofan á la ciudad sagrada en el lenguaje mas patético; otros quedan mudos de asombro, con la vista clavada en Jerusalén. Mil recuerdos abruman á la vez el corazón y el espíritu: recuerdos que abrazan la duración del mundo. ¡Oh Musa de Sion! ¡solo tú podrías pintar ese desierto que respira la divinidad de Jehová y la grandeza de los profetas!

Entre el valle del Jordan y las llanuras de Idumea, se dilata una cadena de montañas que empieza en los fértiles campos de la Galilea y va á perderse en los arenales del Yemen. En el centro de estas montañas se halla un valle árido, cercado por todas partes por unas cimas amarillas y pedregosas que no se abren sino al Levante, para dejar ver el golfo del mar Muerto y las distantes montañas de la Arabia. En medio de este paisaje de piedras, sobre un terreno desigual y en declive, dentro del recinto de una muralla conmovida en otro tiempo por los golpes del ariete enemigo, y ora fortificada con torres que se desploman, se descubren vastas ruinas; algunos cipreses diseminados, bosquecillos de aloes y nópalos, y algunas cabañas árabes, semejantes á sepulcros blanqueados, cubren el monton de ruinas que forman la triste Jerusalén.

Al primer aspecto de esta region desolada, honda amargura se apodera del corazón. Pero cuando pasando de soledad en soledad, el espacio se dilata sin límites á la vista, la amargura se disipa lentamente y el viajero experimenta un terror secreto que lejos de abatir el alma, inspira vigor y eleva el genio. Las perspectivas extraordinarias descubren por todas partes una tierra sellada con grandes milagros; el sol ardiente, el águila impetuosa, el humilde hisopo, el cedro soberbio, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros están allí: cada nombre encierra un misterio, cada gruta revela el porvenir, cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado en aquellas orillas; los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros entreabiertos atestiguan el prodigio; el desierto parece todavía mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio desde que oyó asombrado la tronadora voz del Eterno.

La piadosa Elena se trasladara á esta tierra sagrada, deseosa de arrancar el sepulcro de Jesucristo á las profanaciones de la idolatría, pues deseaba encerrar en edificios magestuosos tantos lugares consagrados por las palabras y los dolores del Hijo de Dios; al efecto, llamó á los cristianos de todo el mundo en su auxilio, y estos desembarcaban en gran número en las costas de la Siria. Descalzos y anegado el rostro en lágrimas, se adelantaban entonando cánticos hacia la montaña donde se obró la salvación de los hombres. Doroteo condujo también á este santuario á la catecúmena á quien la madre de Constantino debía instruir y proteger.

La caravana entra por la puerta del castillo que vió, andando el tiempo, alzarse la torre de los Pisanos y el hospicio de los valientes caballeros del Temple. Espárcese al punto la voz de que el primer oficial de la casa del emperador ha llegado con una catecúmena mas hermosa que Mariane, y que parece igualmente desgraciada. Elena hace llamar á Doroteo, y estremeciéndose al relato de los males que á la Iglesia amenazan, recibe á la esposa del defensor de los cristianos con la nobleza de una emperatriz, con la bondad de una madre y con el celo de una santa.

—Estér, le dijo, grato me es hallar en tus facciones las de una jóven á quien he visto muchas veces en sueños, sentada á la derecha de la divina Maria. Tu no has conocido á tu madre, y yo lo seré para con-